

UNIDAD Y DIVERSIDAD EN LA REVOLUCIÓN NOVOHISPANA. NOTAS SOBRE UN PROBLEMA EPISTEMOLÓGICO¹

Luis Fernando Granados*

Quien se acerque a estas líneas debe tener presente, antes que nada, que han sido escritas desde las lumbreras de una imaginaria plaza (de toros) historiográfica; esto es, a gran distancia de donde efectivamente se produce el conocimiento de la independencia novohispana, y por ende tienen que tomarse con un grano de sal. (Lo poco que aprendí en la licenciatura, aun a pesar de haber tomado clases con Ernesto Lemoine, no puede considerarse como un verdadero antecedente.) El enfoque asumido en estas páginas, sin embargo, no es enteramente caprichoso. Es más bien resultado de haberme aproximado al estudio de la revolución de Independencia con algún conocimiento del fenómeno de la movilización popular decimonónica –con cierto conocimiento pero con mucho interés.²

Desde eso que se conoce como la “participación popular” en la revuelta independentista, así, quisiera pensar un problema que asalta a cualquiera que aborda el estudio de la guerra de Independencia, sobre todo en las décadas recientes –digamos desde la publicación del libro de Hugh Hamill–, y desde la historiografía profesional, o sea el pequeño mundo de las universidades.³ Es un problema óptico, por decirlo de algún modo: la creciente vaguedad con que los historiadores percibimos los últimos diez, doce años del virreinato de la Nueva España; la sensación de que el objeto de estudio mismo ha perdido definición al punto que ya no sabemos bien a bien de qué estamos hablando.

* Center for Latin American Studies, University of Chicago; granados@uchicago.edu

1 Quiero agradecer a Aurora Gómez Galvarriato la invitación a participar en la reunión “Encuentro con los Sentimientos de la Nación” en el Archivo General de la Nación, 11 de septiembre, 2009. Éste es básicamente el texto que preparé para la ocasión –y que debí leer ahí, en lugar de haber “platicado” las ideas aquí expuestas.

2 Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras: Alzamiento ocurrido en la ciudad de México*, 14, 15 y 16 de septiembre, 1847, México, Ediciones Era-INAH, 2003.

3 Hugh M. Hamill, *The Hidalgo Revolt: Prelude to Mexican Independence*, Gainesville, University of Florida Press, 1966.

[...] *ni todos los americanos fueron patriotas ni todos los gachupines, colonialistas; porque el futuro liberal no anidó invariablemente en el campo americano ni el conservadurismo fue patrimonio exclusivo del antiguo régimen [...]*

En ese mundo feliz que era la historia patria, en cambio, una formulación de este género hubiera resultado enteramente absurda. El sintagma *guerra de independencia* era obvio en su sentido y en su dimensión. Indicaba, en primer

lugar, la centralidad del conflicto bélico; en segundo término, su unicidad y, por último, la certeza de su propósito. Aquello había sido una sola guerra de la que había resultado la Independencia de México, incluso si el primer rostro del país soberano había sido una monarquía. Asimismo, los bandos y la identidad social de los antagonistas de esta guerra estaban perfectamente definidos: por un lado, los gachupines que querían conservar la dominación colonial; por el otro, los patriotas americanos que aspiraban a que México se (re)incorporara al concierto de las naciones. La guerra había sido el artefacto o trámite necesario para que se realizara lo que debía ocurrir, puesto que la nación mexicana –fraguada ya en el posclásico tardío, ya durante los siglos coloniales– era una entidad indudable que exigía su lugar bajo el sol.

Hoy sabemos, o por lo menos pretendemos saber, que esa historia no tiene nada que ver con lo que pasó en Nueva España entre 1808 y 1824. Por principio de cuentas, porque no había en la Norteamérica española nada que se le pareciera a la *nación* decimonónica y, mucho menos, a la patria vigesimica; pero también porque ni todos los americanos fueron patriotas ni todos los gachupines, colonialistas; porque el futuro liberal no anidó invariablemente en el campo americano ni el conservadurismo fue patrimonio exclusivo del antiguo régimen; porque el resultado del conflicto no estaba predestinado; porque algunas regiones se mantuvieron al margen del conflicto mientras que en otras la violencia se amorcilló (o se hizo endémica, si se prefiere una imagen no taurina); porque Nueva España no era una colonia en el sentido decimonónico o contemporáneo del término; etcétera, etcétera.⁴

⁴ Evidentemente, es imposible –y sería ocioso– citar la vasta literatura que ha re-examinado la transición del antiguo régimen a la revolución en los últimos decenios. Entre otros trabajos capitales para entender el proceso, lo mismo desde el punto de vista ideológico que político-

En el ámbito que me es más familiar (el de las clases populares preindustriales), la transformación de las vieja certezas es, si acaso, todavía más radical: entre otras cosas, ahora sabemos que el “pueblo” era en realidad un conjunto de grupos sociales más o menos corporativos organizados por una cultura política tridentina o barroca,⁵ que el lenguaje rebelde del “pueblo” era mesiánico antes que jacobino;⁶ que un abismo político separaba a las clases populares de los dirigentes de uno y otro bando, por más que compartieran el mismo imaginario, y que los seguidores de Miguel Hidalgo en el otoño de 1810 estaban genuinamente convencidos de pelear por la libertad de Fernando VII.⁷ En suma, que el Pipila y el Niño Artillero no son más que tropos cursis y demagógicos sin ninguna relación con la experiencia sensible de los trabajadores novohispanos. Bueno, en realidad parece que ya ni siquiera es apropiado el uso del término *trabajadores*, porque –al contrario que los historiadores de hasta los años setenta– ahora estamos convencidos de que la segmentación clasista en Nueva España era menos importante que la pseudo-étnica institucional.

El resultado de esta vasta operación revisionista es que, mientras que ya nadie entre los historiadores profesionales se cree el cuento de que aquí hubo una sola revolución de Independencia, las explicaciones parciales se han multiplicado casi al infinito. Para algunos, lo que importa resaltar es la revolución social de los campesinos del Bajío o el intento de restauración

social, véanse Brian R. Hamnett, *Roots of Insurgency: Mexican Regions, 1750-1824*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Basis of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1986; David Brading, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867* (Cambridge: Cambridge University Press, 1991); Virginia Guedea, *En busca de un gobierno alterno: Los guadalupes de México*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, así como los ensayos reunidos en *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation*, compilación de Jaime E. Rodríguez O, Los Ángeles-Irvine, University of California, UCLA Latin American Center Publications-Mexico/Chicago Program, 1989.

5 Marialba Pastor, *Cuerpos sociales, cuerpos sacrificiales*, México, FCE/UNAM, 2004. Para un sumario plástico –y borbónico– de la cuestión, véase Alfredo Ávila, *En nombre de la nación: La formación del gobierno representativo en México, 1808-1824*, México, Taurus-Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2002, cap. 1.

6 Véase, entre otros artículos de su autoría, Eric Van Young, “Millennium on the Northern Marches: The Mad Messiah of Durango and Popular Rebellion in Mexico, 1800-1815”, *Comparative Studies in Society and History* 28: 3 (1986), pp. 285-413.

7 Marco Antonio Landavazo, *La máscara de Fernando VII: Discurso e imaginario monárquicos en una época de crisis: Nueva España, 1808-1822*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-El Colegio de Michoacán, 2001.

cultural de los indios mesoamericanos.⁸ Para otros, la verdadera materia de esta historia es la revolución política de los criollos, el gran debate trasatlántico acerca de la noción de *soberanía*,⁹ el modo en que algunas instituciones contrainsurgentes (los famosos ayuntamientos gaditanos) sentaron las bases institucionales del nuevo Estado,¹⁰ o –en fin– la revolución *nacional* de Iturbide.¹¹ Unos pocos todavía piensan que el meollo de la cuestión fue el colapso de la economía minera, aunque la mayoría prefiere describir lo sucedido como el surgimiento de una nueva *cultura política*.¹²

De este modo, quien se acerca a la historiografía en la actualidad tiene una oferta interpretativa nunca antes vista. Como vivimos en una economía de mercado, parecería que esto es algo plausible, pues la diversidad de productos en los anaqueles confirma –nos aseguran– la libertad del lector-consumidor de historia independentista. Me parece, sin embargo, que éste no es el caso, aunque no porque los temas se hayan multiplicado o porque las herramientas conceptuales sean o parezcan novedosas. Es que, para usar un lugar común, hoy sabemos mucho más acerca de los árboles que conforman el bosque, pero ya no somos capaces de percibir el bosque en su conjunto. Dicho de otro modo, la multiplicación de explicaciones parciales ha conseguido poner en crisis el paradigma historiográfico nacionalista-liberal (priísta) pero ha sido incapaz de generar un nuevo horizonte explicativo que lo sustituya.

Una de las causas inmediatas de esta deficiencia es el modo en que la historiografía ha incorporado la noción de *cultura política*: con una pavorosa falta de conocimiento y de rigor. Salvo honrosas excepciones, la mayor parte

8 John Tutino, "The Revolution in the Mexican Independence: Insurgency and the Renegotiation of Property, Production, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855", *Hispanic American Historical Review* 78: 3 (1998): 367-418; Eric Van Young, *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology and the Mexican War for Independence, 1810-1821* (Stanford [Cal.], Stanford University Press, 2001).

9 José M. Portillo Valdés, *Crisis atlántica: Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana* (Madrid, M. Pons, 2006).

10 Antonio Annino, "The Ballot, Land and Sovereignty: Cadiz and the Origins of Mexican Local Government, 1812-1820", en *Elections Before Democracy: The History of Elections in Europe and Latin America*, Eduardo Posada-Carbó (comp.), (Basingstoke [Hampshire]-Nueva Cork, Macmillan Press-St. Martin's Press, 1996), pp. 61-86.

11 Timothy E. Anna, *The Mexican Empire of Iturbide* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1990); Jaime del Arenal, *Un modo de ser libres: Independencia y constitución en México (1816-1822)* (Zamora, El Colegio de Michoacán, 2002).

12 Como la literatura en este punto es cada vez más abundante, mencionaré sólo el trabajo paradigmático de esta tradición: François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias: Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (Madrid-México, Mapfre-FCE, 1993).

de los historiadores no sabemos lo que estamos diciendo cuando decimos *cultura*, pero igual se nos llena la boca, más o menos del mismo modo en que los historiadores de una generación anterior decían *científico* para hablar de su trabajo sin saber mucho del modo en que trabajan las ciencias de verdad. En particular pienso en la recurrente confusión entre *cultura* como (la) categoría estructurante de la antropología y *cultura* como sinónimo decimonónico de “artes, filosofía y letras”, de la que han resultado una gran cantidad de estudios que intentan plantear problemas antropológicos haciendo preguntas artísticas, filosóficas o literarias.¹³

Una segunda causa de la cacofonía interpretativa de nuestros días tiene que ver con el modo en que tendemos a entender la diversidad y la relatividad del conocimiento histórico. Es tanta nuestra reticencia a restablecer el orden epistemológico tomista que hemos optado por igualar el valor de las explicaciones casi hasta el extremo y por lo tanto estamos incapacitados para construir una interpretación general, comprensiva, que discierna un *Zeitgeist* a la manera de Burckhardt.¹⁴ La parcelación del conocimiento tiene por efecto no sólo la coexistencia de interpretaciones en última instancia incompatibles; también vuelve más difícil cualquier esfuerzo por vincular los diversos ámbitos de la vida social. Y así, por ejemplo, lo que sabemos de la vida rural novohispana tardocolonial –el viejo debate acerca de la polarización y el “éxito” de la reforma neoclásica– parece influir muy poco en la manera en que comprendemos las discusiones intelectuales de las que surgieron los grandes manifiestos de la época.¹⁵

Lo que quiero decir, en plata y aunque suene autoritario, es que no todos los problemas tienen la misma importancia ni todos los aspectos de la época tienen la misma capacidad de explicar la fractura del imperio español, la creación del Estado mexicano, el rediseño de la sociedad a imagen y

13 Dado que no me propongo picar un pleito, compárese el modo en que Keith Michael Baker entiende cultura política y la manera en que Clifford Geertz examinó un problema análogo: Keith Michael Baker, *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 1990, y Negara Clifford Geertz, *The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1980.

14 Véase Jacob Burckhardt, *Del paganismo al cristianismo: La época de Constantino el Grande*, traducción de Eugenio Imaz, México, FCE, 1853, 1996.

15 Eric Van Young, “Los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres: Salarios reales y estándares populares de vida a fines de la colonia en México”, en *La crisis del orden colonial: Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza Editorial, 1992, pp. 51-123.

semejanza del dios liberal, o el colapso del complejo económico argentífero. Y aunque es obvio que cada quien es libre de estudiar lo que le de la gana, creo que es insensato apreciar todos los temas y los enfoques de la misma manera –y por lo pronto rehuir todo esfuerzo de dilucidar el carácter general del periodo, el gran tema que deberíamos estar pensando.

Otro modo de plantear el problema es que hemos tendido a ver cada una de estas “revoluciones” –la de los criollos y la de los campesinos, la de los clérigos y la de los capitanes, la de los ayuntamientos y los diputados– como fenómenos hasta cierto punto desconectados entre sí, como historias paralelas, porque estamos todavía atrapados por las reglas aristotélicas, o sea que asumimos que una cosa no puede ser dos cosas al mismo tiempo. Esto implica que, aunque es inevitable advertir la compleja causalidad de casi todos los aspectos de la época, y aunque está de moda apreciar la multiplicidad, en realidad no sabemos muy bien qué hacer con ella. Si los campesinos que siguieron a Hidalgo, por ejemplo, tenían una cultura “de antiguo régimen”, entonces no podemos concederles que su movimiento tuviera un carácter anticolonial y revolucionario –y viceversa.

Como es evidente, estos problemas no son exclusivos de la historiografía sobre la Independencia; en realidad parecería que la multiplicación de enfoques y la incapacidad para generar explicaciones generales es un signo de los tiempos, al menos respecto de acontecimientos que han sido objeto de grandes debates político-académicos como las revoluciones francesa y rusa. Y es todavía más evidente que yo no soy la persona indicada para reorganizar las piezas del rompecabezas de modo que el nuevo conocimiento se articule de modo coherente.

Con todo, quisiera insistir que el precio de perder de vista el bosque y contentarnos con la fragmentación interpretativa es demasiado alto, historiográfica lo mismo que políticamente. Para la disciplina es una mala solución porque nos impide valorar correctamente los nuevos y los viejos estudios. Aunque sea una obviedad, conviene recordar que el único modo de apreciar cabalmente una obra historiográfica es situarla en un contexto más amplio, y hoy hay demasiadas explicaciones parciales que no terminan por reconciliarse entre sí. (Pienso por ejemplo en la poca atención que se concede a la política francesa en América debido en parte a que hemos dado por sentado el carácter autonómico de los movimientos que devendrían

Entender la coyuntura independentista como un proceso equivale a renunciar a las determinaciones simples y aceptar, por el contrario, el papel de la incertidumbre, lo sobredeterminado y el azar.

y ya conocemos los efectos nefastos del culto a los héroes. Evidencia de este peligro es el modo en que, más allá de las universidades, se entiende el revisionismo: como un pueril ejercicio de descubrirles defectos a los héroes, sin cuestionar la existencia misma de héroes ni entender que los procesos sociales no son resultado de “buenas” o “malas” personalidades.

¿Es posible, sin embargo, rearticular una visión de conjunto del periodo, que dé cuenta de su diversidad y no obstante permita comprender su sentido general sin caer en las simplificaciones del pasado? Creo que la respuesta puede ser afirmativa si, por una parte, recuperamos la noción de *proceso* como clave analítica de la coyuntura independentista y, por la otra, intentamos no perder de vista los aspectos militares de la guerra y el carácter popular del conflicto. Dos énfasis temáticos y un recurso metodológico, en otras palabras, pueden ayudarnos a restablecer la unidad epistemológica de la época de la independencia y destacar así uno de sus rasgos principales: la efectiva subversión del orden simbólico y material imperante en Nueva España hasta principios del siglo XIX. Que aquello *sí* fue una revolución, en otras palabras, tanto o más radical que la estadounidense y la francesa y casi tanto como la haitiana.

1. Es paradójico que los historiadores seamos tan proclives a pensar la sociedad en términos estáticos y el devenir de manera mecánica. En el debate sobre si el ayuntamiento de México buscaba o no la independencia en 1808, o sobre si el plan de Iguala era autonomista o no, tenemos buenos ejemplos de esta pulsión esencialista. El meollo del problema está en el uso del verbo *buscar* y sobre todo del verbo *ser*. Ambos prestan poca atención al hecho en que todo acto social es causa y consecuencia de una experiencia que nunca está predeterminada de manera absoluta y, más aún, que las acciones que siguen puntualmente un plan (previo, por supuesto) son la excepción antes que la regla. De este modo se olvida que el aprendizaje es un elemento central de todo fenómeno social. Lynn Hunt lo ha dicho

insurgentes.) Y más allá de la disciplina es una pésima solución porque la falta de un nuevo paradigma garantiza la vida del viejo modo nacionalista-liberal de entender la constitución de patria,

a propósito de la revolución francesa: por pensar demasiado en las causas y en las consecuencias de la revolución, el proceso revolucionario en sí mismo –la dimensión creativa de la propia revolución– ha tendido a ser menospreciado.¹⁶

La afición por la biografía (con pretensiones psicológicas, peor aún) ha sido especialmente responsable de esta deformación: un efecto de andar especulando si la vida de Morelos antes de 1810 anuncia de algún modo el contenido de los *Sentimientos de la Nación* es que tendemos a pasar por alto su proceso de aprendizaje a partir de ese año, o sea el efecto catalizador de la insurrección del Bajío en la conciencia del cura vallisoletano. Pero ni infancia es destino ni la sociedad es mera suma de los individuos que la componen. Las personas como las sociedades –o las clases, en la expresión célebre de E. P. Thompson– se hacen en el conflicto, el diálogo y la interacción, y todo lo más que puede percibirse en el pasado de los actos son tendencias y posibilidades, no resultados necesarios, como ya lo decía Luis Villoro hace medio siglo. (Y mucho mejor argumentado, por supuesto.)¹⁷

El punto es quizá más fácil de aprehender cuando se considera la Independencia en dimensión continental. Si las “naciones latinoamericanas” no estaban constituidas en 1808 ni se empeñaron durante más de una década en alcanzar la independencia,¹⁸ eso no quiere decir que muchos de los actores hubieran efectivamente decidido que la independencia podía ser y sería su objetivo en el curso de los conflictos políticos y militares de esos años. El proceso mismo tiene que ser entendido como fuente de un aprendizaje, como generador de una experiencia que a su vez propició el pensamiento de nuevas posibilidades para las diversas regiones americanas. O sea, como quien dice, que la independencia se pensó, gestó y realizó en el curso de la revolución independentista –más o menos del modo en que la abolición del feudalismo en Francia no fue la mera aplicación de una teoría o un deseo preexistentes

16 Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution* (Berkeley: University of California Press, 1984), pp. 1-16.

17 Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de independencia* (México: Conaculta, [1953] 2002), 71-76. Véase E. P. Thompson, “Eighteen-Century English Century Society: Class Struggle Without Class”, *Social History* 4 (1978), pp. 133-165.

18 Brian R. Hamnett, “Process and Pattern: A Re-Examination of the Ibero-American Independence Movements, 1808-1826”, *Journal of Latin American Studies* 29: 2 (1997), pp. 279-238; Jeremy Adelman, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic* (Princeton [N. J.], Princeton University Press, 2006).

sino consecuencia de un “diálogo”, a menudo de sordos, entre campesinos y legisladores.¹⁹ (O como en el Santo Domingo francés, donde la guerra social y política no devino conflicto independentista sino muy tarde, más de diez años después de iniciada la insurrección en la planicie del Norte.)²⁰

2. Entender la coyuntura independentista como un proceso equivale a renunciar a las determinaciones simples y aceptar, por el contrario, el papel de la incertidumbre, lo *sobredeterminado* y el azar. (He aquí otro problema para los historiadores: ¿cómo podemos dar cuenta de lo aleatorio si estamos convencidos de que nuestra tarea es explicar la racionalidad –como necesidad hegeliana– del pasado?) Lo contingente es constitutivo de todo fenómeno social, pero es particularmente notorio en el caso de la guerra, de cualquier guerra. Aquí de nuevo nuestro inconsciente estructuralista parece haber producido un absurdo: la reacción en contra de la historia político-militar del pasado nos ha llevado a desestimar la guerra, no sólo como expresión de la política, sino como fenómeno social en sí mismo. Perdón si sueno melodramático, pero me parece un tanto impúdico haber marginado a los muertos producidos por la guerra de Independencia –reales, apuestos, insepultos– con el argumento de que la historia militar suele ser simplona analíticamente (por más que esto haya sido cierto alguna vez).

Un ejemplo de lo problemático que resulta convertir a la guerra en mero telón de fondo de la explicación histórica es lo que sabemos y decimos a propósito de la campaña de Hidalgo a fines de octubre y principios de noviembre de 1810. Una lectura apresurada de Tutino parecería afirmar que el “ejército” de Hidalgo no tomó la ciudad de México y fue derrotado en Aculco porque las estructuras sociales de los pueblos corporativos mesoamericanos no padecían el mismo desgaste institucional que el crecimiento desigual del último tercio del siglo XVIII había generado en las comunidades informales de arrendatarios (mestizos y laboríos antes que indios pueblerinos) del Bajío.

¿De verdad? ¿Y no será más bien que la incertidumbre militar que percibieron López y sus amigos el 31 de octubre de 1810 los impulsó a dirigirse a Querétaro, objetivo que se creían sería más fácil de alcanzar, sin

19 John Markoff, *The Abolition of Feudalism: Peasants, Lords, and Legislators in the French Revolution* (University Park, Pennsylvania State University Press, 1996).

20 Laurent Dubois, *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution* (Cambridge [Ma.], Belknap Press, 2004), pp. 252-253 esp.

saber que las milicias potosinas no estaban entre las tropas acantonadas en la ciudad de México sino que avanzaban hacia el sur desde Guanajuato?²¹ Si la retirada de Cuajimalpa fue un error táctico, la batalla (perdida) en Aculco tiene entonces que considerarse un acontecimiento más significativo que la supuesta duda existencial que asaltó al señor cura Perión luego de la carnicería. (Tutino además está hablando de las condiciones que permitieron el implante de la insurgencia en el largo plazo, no de las circunstancias que hicieron posible las insurrecciones en el otoño de 1810. Pero eso es otro asunto.)²² Y, por otra parte, cuando uno compara lo que pasó en el monte de las Cruces con lo ocurrido en la batalla de Calderón tres meses después, es imposible “explicar” los resultados contradictorios de ambas batallas sólo como un efecto de la constitución social de los “ejércitos” rebeldes o su falta de preparación militar –no se diga el valor de los soldados realistas o la militancia de la Virgen de los Remedios–, pues, grosso modo, los antagonistas en ambos casos eran los mismos y sin embargo el resultado de los encuentros militares fueron categóricamente distintos.

Entender que la de Independencia fue efectivamente una guerra ya ha producido buenos resultados historiográficos; aunque me parece que éstos son insuficientes porque han tendido a privilegiar el estudio de las estructuras político-administrativas producidas por el conflicto bélico en las zonas ocupadas por los realistas.²³ Trabajos como el de Clément Thibaud sobre Nueva Granada, por el contrario, muestran que el estudio social de los ejércitos insurgentes, si no de las batallas, puede tener importantes consecuencias para comprender el resultado de la guerra. Y cuando Thibaud arguye que la Colombia bolivariana se hizo en la guerra, a la hora de la guerra, creo que estamos de nuevo ante un planteamiento de privilegiar lo procesal sobre lo causal a la antigua.²⁴

3. Uno de los propósitos de Thibaud era precisamente dar cuenta de la

21 Hamill, *op. cit.*, 126. Haber transformado al benemérito cura de Dolores en “López” y “Perión” es una de las muchas virtudes de Jorge Ibarguengoita, *Los pasos de López* (México, Océano, 1982).

22 John Tutino, “Broken Sovereignty, Popular Insurgency, and Mexican Independence: The Guerra de Independencias, 1808-1821,” versión revisada de una ponencia presentada en el coloquio México, 1808-1821, El Colegio de México, 8-10 de noviembre, 2007.

23 Por ejemplo, y de manera destacada, Juan Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno: Los pueblos y la independencia de México* (Sevilla, Universidad de Sevilla, 1997).

24 Clément Thibaud, *Républiques en armes: Les armées de Bolívar dans les guerres d'indépendance du Venezuela et de la Colombie* (Rennes, Presses Universitaires de Rennes, [2003] 2006).

militancia independentista de los soldados de Bolívar: no sólo de los generales sino, en particular, de los oficiales que sobrevivieron la década y media de violencia social en el norte de América del Sur. Esta presencia de soldados más o menos comunes y corrientes ha sido desde siempre asunto de capital importancia para la historiografía, pues para nadie ha sido un secreto –y es uno de los grandes problemas historiográficos– que la independencia de América Latina, quizá tanto como la revolución francesa y quizá más que la revolución estadounidense, se caracterizó por la presencia activa en la esfera pública de miles de personas que hasta entonces no habían participado en la toma de decisiones a escala regional y “nacional”.

Como los países latinoamericanos han sido durante dos siglos notoriamente oligárquicos, y como –al mismo tiempo– el carácter popular y democrático de los regímenes estadounidense y francés parece indudable, es hasta cierto punto comprensible que, casi desde el momento mismo de la Independencia, la “participación” de los trabajadores y los marginados en las gestas que nos dieron patria haya sido planteada en términos un tanto patologizantes: ¿qué podemos decir acerca de esa presencia manifiesta toda vez que el “pueblo” no consiguió tomar el poder? o ¿cómo explicar que el lenguaje de la libertad, los derechos humanos, la soberanía popular y la democracia no haya producido en América Latina sociedades como las de Francia y Estados Unidos?, son en efecto las preguntas más habituales cuando se estudia la movilización de los pobres y los desposeídos en estos años.

Ignoro si algún día podremos dejar de concebir la movilización popular en otros términos: parece tan obvio que el “pueblo” estadounidense se emancipó en 1776 –ergo su prosperidad actual– y tan de sentido común que, por el contrario, la historia de México desde 1821 ha sido una sucesión de fracasos emancipadores –ergo la catástrofe en la que vivimos actualmente–, que es difícil imaginar otra forma de pensar la historia moderna de ambos países. Para pensar la historia del “pueblo” novohispano de otra manera sería necesario abandonar varios presupuestos metahistóricos que son en buena medida responsables de esta imagen deformada de la “participación” popular. Es una tarea que ningún historiador en lo individual realizará, eso es seguro, pues implica una mutación de nuestra imagen colectiva y una modificación de los estereotipos mundiales.

Con todo, una manera de avanzar en esa dirección es comparar la

revolución novohispana con, por ejemplo, la revolución francesa. También en el caso francés es posible encontrar una importante movilización del “pueblo” aunque (ya) no del modo en que los grandes historiadores decimonónicos –Michelet sobre todo y más tarde los apóstoles de la mal llamada historiografía ortodoxa– la concibieron:²⁵ en lugar de una *nación* constituida que consiguió afirmar sus derechos, hoy se sabe que particularmente los campesinos se involucraron en la revolución en sus propios términos, sin compartir del todo las ideas de sus representantes, contaminando con nociones “tradicionalistas” los proyectos ilustrados de sus dirigentes, y así con cierta autonomía política. Sus triunfos no fueron tan espectaculares como la toma de la Bastilla nos hizo creer alguna vez, pero de ninguna manera puede suponerse que fueron meros espejismos o artefactos simplemente “culturales”.²⁶

Del mismo modo, la movilización desde abajo fue uno de los rasgos más notorios de la revolución en Nueva España; a tal grado, de hecho, que la incapacidad de las élites patriotas para someter al “pueblo” a sus designios es la principal diferencia entre las revoluciones autonómicas de Buenos Aires o Caracas y el conflicto que precipitaron los conspiradores de Querétaro. Eso no quiere decir, naturalmente, que la revolución en su conjunto –del verano de 1808 a los tratados de Córdoba, pasando por la aventura de los diputados novohispanos en Cádiz y la obra constitucional de Apatzingán– pueda tenerse como un epifenómeno de los alzamientos campesinos; ni, mucho menos, que sea posible encontrar una unidad discursiva entre los proyectos de la dirigencia insurgente, los abogados de la Constitución de 1812 y los “bandidos sociales” (más bandidos que sociales) que tanto contribuyeron a mantener al virreinato en la zozobra.

Es nada más que la inversión del orden establecido implícita en la movilización campesina parece dar el tono al periodo en su conjunto; inversión del orden en todos sus aspectos y modalidades, por más que sus resultados tangibles no puedan compararse con iconos de la modernidad

25 Sobre la historia de la historiografía de la revolución francesa, véase Stephen L. Kaplan, *Farewell, Revolution: The Historians' Feud, France, 1789-1989* (Ithaca [N. Y.], Cornell University Press, [1993] 1996).

26 Markoff, *op. cit., passim*; Peter M. Jones, *The Peasantry in the French Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988); Anthony Crubaugh, “Local Justice and Rural Society in the French Revolution”, *Journal of Social History* 34: 2 (2000), pp. 327-350.

occidental como la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano o la constitución estadounidense de 1787. De que había algo profundamente subversivo en la guerra popular dan cuenta, por ejemplo, la elevación del bandido Marroquín a la condición de asistente de Hidalgo y sobre todo la habilidad de muchos campesinos del Bajío para convertirse en propietarios –de hecho si no *de jure*– en el curso del conflicto. Y si pensamos en la conversión de un ranchero de ascendencia africana en generalísimo del imperio mexicano y más tarde presidente de la república (Guerrero), o en la rapidez, casi compulsiva, con que realistas e insurgentes abolieron el tributo de indios y pardos en 1810, parecería que estamos efectivamente frente a un mismo fenómeno de transformación social –incluso si ésta no se manifestó en una reforma agraria explícita o en la cabal supresión de la desigualdad de fortunas.

De todas las instancias de cambio social efectivo —o sea concreto y no proclamado—, puede que la más enfática sean los *Sentimientos de la Nación*: un brillante manifiesto escrito por un cura de pueblo, seguramente mulato, que no hubiera debido alcanzar notoriedad más allá de la tierra caliente michoacana si no es porque la movilización de miles de personas pobres y marginadas lo pusieron ante la posibilidad de pensar y decir cosas inimaginables todavía a principios del siglo XIX. Incluso más que la vertiginosa carrera de ese artillero que todavía en su adolescencia hablaba francés con acento y en menos de veinte años se alzó hasta ser emperador de los franceses, me parece que la transformación del Morelos pueblerino e insignificante en el gran comandante insurgente y legislador de 1813 indica la magnitud de los cambios experimentados en el virreinato a partir de 1808 –o, lo que es lo mismo, el modo en que la guerra popular impuso un aprendizaje político a los letrados de todo signo (quienes, a su vez, pudieron significar de nuevos modos las palabras ilustradas que andaban en el aire desde el final del siglo XVIII).

Movilización popular, subversión del orden establecido, la incertidumbre y el azar consustancial a la guerra –pero todo *pian pianito*, que aquí no valen las fantasías estalinistas de reinventar una sociedad en una década–: si acaso es cierto que estos tres rasgos están entre los más significativos de la década larga de 1810, entonces puede que una parte del problema del bosque y los árboles al que me refería más arriba sea en realidad un problema semántico.

Que es un error, en breve, haber creído que lo que define al periodo es la Independencia de México, cuando que lo fundamental es la *insurgencia*; la insurgencia de los pueblos y los curas, de los indios y los diputados, las regiones y los escritores antes que la de ese Estado-nacional que primero se llamó Imperio Mexicano y luego Estados Unidos Mexicanos. La insurgencia de Hidalgo, Morelos, Rayón, Matamoros, Guerrero y Mina, por supuesto, aunque más bien la insurgencia de los “soldados” de Hidalgo y de Morelos, de los bandidos disfrazados de guerrilleros, de los guerrilleros a carta cabal. Pero también otras formas de insurgencia que no siempre se entienden de ese modo: la irrupción de las castas en la vida política, los delirios de fray Servando, la irreverencia del *Pensador Mexicano*, la momentánea arrogancia de los léperos en la década de 1820, y aún la fragmentación de las repúblicas de indios desde fines del siglo XVIII, sobre todo si es cierto que esos conflictos fueron una disputa generacional.

En conjunto, todas esas formas de rebeldía –que es el nombre actual de la insurgencia– pusieron de cabeza un orden social y cultural que hoy, curiosamente, nos resulta de hecho inimaginable: un orden donde la desigualdad estaba cabalmente asumida, donde no era necesario ni siquiera dar atole con el dedo a los “de abajo”. La frase célebre del virrey Croix, lo sabemos bien, no refleja sino la inseguridad arrogante de una cierta camarilla gobernante, pero tampoco es enteramente risible: en aquel mundo subvertido por las insurgencias de principios del siglo XIX los “prietos” y los “jodidos” –los pobres, los trabajadores– tenían un lugar claramente asignado e indudablemente marginal. En apenas una década de conflicto bélico e ideológico ese discurso se esfumó por completo; no sólo perdió legitimidad. Si las prácticas que auspiciaba no desaparecieron del todo –no han desaparecido hasta hoy– eso no puede significar que las transformaciones reales y los derechos percibidos hayan sido enteramente irrelevantes. A veces la hipocresía –la hipocresía igualitaria y democrática del México independiente– es también un triunfo. ¶